

Dos estrenos y un remake

In memoriam Karlheinz Stockhausen (1928-2007)

Ayer por la mañana, mientras leía el brillante tributo que publicó en The New York Times el pianista y musicólogo Charles Rosen con motivo de que mañana cumplirá 99 años Elliot Carter, decano de los compositores norteamericanos, me sorprendió la certeza con que verbalizaba ideas muy similares a las que, desde la noche anterior, venían dándome vueltas en la cabeza para este comentario.

Decía Rosen que Carter tuvo que llegar a los 80 años para que en sus partituras floreciera esa decantación que - en los compositores que llega a darse- suele surgir poco después de los 50 años. Se trata pues, de ideas relacionadas con la evolución natural en el lenguaje musical de cada autor, tema que viene a colación tras escuchar el sábado los estrenos mundiales de un par de obras comisionadas por el Museo Diego Rivera-Anahuacalli y la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México (OFCM) a Ana Lara (1959) y Arturo Márquez (1950) para conmemorar los aniversarios de Frida Kahlo (1907-1954) y Diego Rivera (1886-1957) que se celebran este año.

Lo primero que sonó ante el escaso público que llegó a escuchar a la OFCM fue En torno de Frida y Diego de Márquez, quien a sus 57 años y tras explotar reiterada y exitosamente su incursión y dominio del cadencioso ritmo de danzón, presenta ahora una obra que si bien fue tachada por unos de reiterativa y de "cinematográfica" por otros, brinda una bienvenida faceta de su autor.

Inicia con una dramática melodía confiada a las cuerdas en su registro grave que, en lo personal, me hizo evocar obras de inspiración eslava -específicamente, La isla de los muertos, Op. 29, de Rachmaninov- al irse desarrollando. Creo que el sustancioso trabajo de metales y percusiones pudo ser trabajado con más detalle por el director, ya que lo logrado por Enrique Barrios sonó como esos pianistas que se paran sobre el pedal desde la primera nota y no sueltan la pata hasta terminar, con la consecuente borruca armónica.

Aún así, sus virtudes musicales, libres de la sombra de cualquier texto panfletario que pudiera granjearse el favor de quienes comparten tales ideas sin detenerse en lo confiado al pentagrama, como ocurrió con el anterior estreno importante del autor, su cantata de Los sueños, permiten intuir que su lugar en las salas de concierto es seguro.

Con todo y que me pareció mejor lograda, no me atrevería a decir lo mismo de Cuatro habitantes para percusión y orquesta de Ana Lara. La razón: es una obra evidentemente confeccionada a la medida de sus solistas -de hecho, fue creada en estrecha colaboración con ellos-, por lo cual dudo exista otro ensamble con la probidad, virtuosismo y fuego que distingue a nuestros Tambucos para darle vida.

En el postludio de su nota para el programa de mano, Juan Arturo Brennan informa que la pintura que inspiró esta partitura, Cuatro habitantes de la Ciudad de México "es el único de los cuadros de Frida Kahlo en donde se ven las sombras". Escrito en un movimiento durante el cual más que fusionarse tenemos un diálogo entre solistas y orquesta, este concertante evidencia las sombras que, protectoras, se ciernen sobre Lara: ahí están desde Lavista hasta Ginastera en el colorido orquestal y los matices tímbricos, pero, muy señaladamente en lo estructural, Revueltas, cuyo episodio final de La noche de los mayas recibe el digno y maduro homenaje que le prodiga una de nuestras más sólidas compositoras.

La ovación a Tambuco fue correspondida con el arreglo de Miguel González a las tradicionales Bulerías que escuchamos como encore. Hasta ahí, no tenía referente para comparar lo escuchado. Todo era nuevo para mí.

No fue el caso del Sueño de un domingo por la tarde en la Alameda (1986) de Mario Kuri-Aldana (1931), uno de mis ballets mexicanos preferidos, que resultó muy aplaudido al final de la velada, con todo y que, una vez más, el descuido entre los planos y la poca atención al detalle se hizo evidente.

Porque una cosa es que su episodio final (Rebelión) sea ruidoso, y otra, que se pierda todo bajo el barullo de las percusiones... en fin, nada que ver con la ejemplar versión que grabara la Orquesta Sinfónica de Aguascalientes cuando todavía estaba bajo la pulcra batuta de Gordon Campbell, misma en que ajeno a la ramplonería con que ahora fue dirigido, el vals oaxaqueño que cierra la obra resume una nostálgica y depurada elegancia que ahora, brilló por su ausencia.